padres á toda concordia, ó que por lo menos sigan con decencia este pleito.

62. El segundo: manifestarles mi corazon y justa queja para perdonarla, y que enmienden las causas en lo de adelante, y den alguna honesta satisfaccion á mi dignidad.

63. El tercero: volver por ella y su decoro que esos padres traen tan ultrajado con las injurias hechas á mi persona; que todas se refunden en la dignidad tan sin merecerlas yo, ni dar ocasion para ellas.

64. El cuarto: el volver por la religion de la Compañía de Jesus, á la cual estos padres, sus hijos no dignos por cierto, traen atribulada y aun afrentada, con apartarse en cuanto obran de su instituto, regla y constituciones, mientras lo lloran con lágrimas pias los padres mas graves, doctos y místicos de su religion: y en este punto mas hablaré como religioso, que como prelado, esperando en Nuestro Señor, que cuanto dijere será para su mayor honra y gloria, que es la que deseo.

65. Confieso que el primer motivo que se me ofrece á la vista del entendimiento, Padre Horacio, para persuadir á estos padres que se compongan ó se siga este pleito con toda modestia y amor, es la afliccion que me causa el ver el peso con que siguen y prosiguen estas diferencias, y el trabajo y sudor que les cuesta una causa, que es meramente política ó eclesiástica, fácil y suave de proseguir, hacerla causa de fé, de disgustos, de ódios, de enemistades, de sátiras y pesadumbres, habiendo conservado seis años este modo de obrar tan violento, penoso, murmurado y mal parecido de todos, con

tan recio dictámen que yo no acabo de entender cómo lo han podido sufrir.

66. Porque si hago la cuenta por mí y por cualquier otro de un natural moderadamente templado, yo no hallo que pudiera llevar sobre mí el peso de un ódio ó disgusto tan grande tanto tiempo y con tanto tesón, porque solo por dejar el disgusto, soltara yo el pleito. ¿Es posible, Padre Horacio, que á estos padres no les embaraza y fatiga, el vivir continuamente con esta destemplanza de calor en el corazon ó al decir la misa, ó en la oracion ó en la meditacion, ó en los demas ejercicios devotos? Bien sé que dirán: *Que ellos no sienten cosa ninguna, ni forman escrúpulo;* pero es de ver si ese es el mayor de los males, cuando llega el ódio á quitarle la vida al escrúpulo por haber hecho amistad con la culpa, y hallarse hermanados con el aborrecimiento. Dios nos libre, Padre Horacio, cuando el letargo quita el sentido al enfermo, y se llega á hacer pasion de la razon.

67. Otros suelen decir: *Que ellos no aborrecen, sino que se defienden.* Es muy bueno eso, si no hacen demostraciones de ódio y enemistad, y se van todas las razones y disgustos al pleito; pero cuando se manda por los superiores que no visiten al Obispo, que no vayan á su casa, que no prediquen en sus conventos de religiosas, que no las confiesen, y por otra parte quieren confesar y predicar sin su aprobacion; cuando persuaden que lo destierren, que le tiren dos pelotazos ó arcabuzazos, cuando le calumnian, ¿qué dependencia tiene del pleito? Vengo bien en que no me aborrecen, que es acto interior, pero me persiguen que es acto esterior: de-

seo saber ¿de quién es hija la persecucion, de la caridad ó del aborrecimiento? ¿Mas si fuesen las injurias hijas del amor, y las heridas de la caridad? Nuevo modo de producir las causas sus efectos, que de lo dulce sale lo amargo, y de una voluntad amorosa una muerte cruel; mas pareceria este misterio, que naturaleza.

68. Pero creamos que estas demostraciones no nacen de ódio: deseo saber, cuando los superiores hablan con destemplanza de un Obispo, y los súbditos obran con descortesía, y cuando todas las demostraciones de aborrecimiento se manifiestan, ¿qué hace escondida la caridad allá dentro del alma? ¿De qué sirve, Padre mio, esta escandalosa hipocresía de fingir aborrecimiento, cuando era de mayor ejemplo, si se ha de fingir, que fingiesen amor? O estos padres aborrecen al Obispo visitador, ó no lo aborrecen? Si no lo aborrecen, ¿para qué estas señales de ódio? Y si lo aborrecen, ¿qué camino es este para ganar el pleito, ni para ganar el cielo? Siendo esta causa de ganar el cielo la causa mayor que seguimos, porque con esta causa hemos de ajustar todas nuestras causas, ó vamos perdidos.

69. ¿Holgaria saber si hallarán estos padres en cuanta teología han estudiado, algun camino para la gloria que no sea de caridad? Ni lo hallarán, ni los creerémos, aunque digan que lo hallan; y ya que esto no hallen, ¿hallarán estos padres medio ó modo para hacer una confeccion ó conserva en que se junten en una misma masa, caridad bastante para salvarse y ódio sobrado para perseguir á los prójimos? No es posible, porque como son contrarias la luz y las tinieblas, pues en entrando aquella hu-

yen éstas; así no admiten union el amor y el ódio; Dios y Belial (*a*).

70. Y ya que esto no hallen, ¿hallarán estos padres teología para que sea bueno manifestar ódio y rencor, aunque no estuviera manchada el alma con sus efectos? No, porque no puede ser bueno parecer el hombre malo, y mas en religiosos, ni descubrir la ira y ocultar el amor, ni esconder la caridad y manifestar el ódio. No es ficcion esta útil, Padre Horacio, y mas en comunidades y entre eclesiásticos, y á vista de tantos seglares, porque muestra esta nunca vista hipocresía un esterior muy escandaloso y airado, y oculta un interior muy blando y suave; antes tal simulacion seria muy contraria á lo que nos enseña el Salvador de las almas, donde nos dice: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in Coelis est* (*b*).

71. ¿Qué gloria puede resultar á nuestro Señor de ver la Compañía en perpetuas demostraciones de ira en esta Provincia con un Prelado que los ama y estima? Sus religiosos se inquietan, los seglares se escandalizan y los superiores de V. PP. llevan tras sí á los inferiores, ó por el temor, ó por la lisonja, ó por la amenaza, y de esta manera unos á otros se van vistiendo y revistiendo de ira; y esto sobre ser contra todo derecho y caridad cristiana, es contra las constituciones y regla santa de V. PP., porque en la part. 3, cap. 1, núm. 4, diciendo la forma con que se han de gobernar los religiosos de la Compañía, dice estas palabras: *In omnibus procu-*

(*a*) 2 Ad, Cor. 6, v. 14 et 15.
(*b*) Matheo. 5. v. II.

rando atque optando potiores partes aliis deferre, omnes in animo suo tanquam sibi superiores ducendo, et exterius honorem ac reverentiam quam exigit cujusque status, cum simplicitate et moderatione religiosa exhibendo: en todo deseen los de la Compañía dejarse preferir de los demas, poniendo en su ánimo, que á todos los tienen por superiores, guardando la cortesía y reverencia que se debe á cada estado, y esto con una moderacion y simplicidad religiosa.

72. Coteje ahora V. P., Padre Horacio, esta constitucion con su ejecucion. La constitucion dice: *Sean á todos inferiores*, los padres obran como superiores á todos: la constitucion dice: *Guarden el honor que se debe á cada estado:* los padres: *muera el Obispo: no es católico el Obispo*, siendo el estado del Obispo al que se debe tanto honor en la iglesia. Finalmente obran esos padres contrarios diametralmente á su constitucion.

73. Pueden decir los padres, y algunos lo suelen decir: *Que estas prohibiciones que hacen los superiores de visitar á este Prelado, aunque son contrarias á su constitucion, las hacen por vivir con mas quietud sin su comunicacion.* Estraño acsioma en la ley cristiana hallar la quietud en la misma inquietud, que son las demostraciones de odio y aborrecimiento. La quietud, P. Horacio, se halla en el honesto obrar y cuerdo y cristiano sentir, y decir en la caridad, en la comunicacion modesta y honesta, en el desembarazo de las pasiones, en el vencimiento de los afectos, en lo que la halló el P. Juan de Bueras, cuando enmendó todos esos desórdenes; pero no en alzarse unos á otros las cortesías entre

eclesiásticos; en huir unos de otros, en no verse, en perseguirse, en escandalizar, en negarle la jurisdiccion á un Prelado, en quererse ecsimir de lo que les ordena á los padres el Concilio, las bulas, sus constituciones, porque en esto solo se halla una engañosa quietud y contento, por el gusto que la irascible recibe, dentro del cual arde una perniciosa inquietud y descontento, por lo que el gusano remuerde.

74. *Es verdad; pero no queremos tratar á este Prelado, porque es tan mañoso y tiene un esterior tan suave, que luego pasa á su amor nuestros religiosos y nos los engaña, y con eso puede saber nuestras interiodades, y así formamos celos y recelos, y de la misma comunicacion nos resulta inquietud.* Lo primero es de saber, ¿cómo no hacen esto las demas religiones que pleitean sobre los diezmos con mi iglesia, y me comunican y aman y frecuentan sin esos celos y recelos? Lo segundo, confieso, P. Horacio, que en llegando á este punto no puedo dejar de ponerme á llorar la condicion humana y sus desconfianzas, y verla que aun en los hombres cuerdos y considerados ande tan recatada de la benevolencia, del agrado y de la cortesía, que se vaya huyendo por eso á la descortesía, odio y aborrecimiento.

75. Yo deseo que V. P. me diga, pues me ha comunicado, ¿qué les he preguntado, que séa de sus interiores paredes? y lo que es mas, ¿qué hay que averiguar en sus interiores paredes que no sea un interior muy santo, de un esterior muy ejemplar y devoto? ¿Es por ventura la Compañía otra por dentro que por fuera? ¿No es la misma en sus ejercicios domésticos, que en sus demostraciones públicas?

¿Qué teme la que puede ser de cristal, para que todos vean con edificacion sus mas interiores ejercicios? ¿Esa nota han de poner esos padres á su misma madre? ¿Por ventura, sus pasos salen de la línea de la perfeccion, ó de la religion, si no es que algunos de sus hijos se desvien por los pasos de la natural flaqueza á que están sujetos todos los estados de la iglesia? Mas me debe á mí, que á los que esto dicen, la religion de la Compañía, pues cuando veo demostraciones públicas de odio esterior, estoy acechando y averiguando si allá mas dentro en el alma tiene una caridad oculta y secreta, que disculpe este odio esterior.

76. *Gana* (dicen) *á nuestros religiosos:* ¿A quién gano, ó para quién, P. Horacio? Casi todos los que he tratado han hecho la cuarta profesion, ó probacion en lo mas ordinario de comunicarme, como los PP. Agustin de Leyva, y Lorenzo Lopez y Matias de Bocanegra; señal es que les aconsejo lo que hicieron. ¿Por ventura los gano para perderlos? Véase si en mi casa se trata de otra cosa que pláticas espirituales y morales, ejercicios de letras y de disponer la salud espiritual de los prójimos, ú otros negocios forzosos. Señalen esos padres alguna ocupacion en ella que no sea de Dios: vean si aquí anda suelta, como en otras partes, la maledicencia, el juego, la liviandad, la profanidad; ni hay prebendado, ni criado, ni familiar que delante de mí, ni aun donde yo lo pueda saber, hable, ni obre cosa alguna agena de recta razon y decente modestia.

77. *Sí, pero puede saber los designios y el discurso de nuestros pleitos y la noticia de nuestras haciendas si lo comunicamos.* ¿Los pleitos, P. Horacio, no se siguen en España? ¿Pues por qué embaraza para ellos el amor y conformidad en las Indias? ¿Las resoluciones no las toma el padre provincial y sus consultores? ¿Pues qué importa que me vean los catedráticos, ni los operarios? Antes de no verme nace el no respetarme; y de allí el negarme la jurisdiccion; y de ahí querer confesar y predicar sin licencia, ni aprobacion; y de ahí el defenderlo; y de ahí pueden pasar á mayores males, porque se van encadenando los unos en los otros. ¿Y es posible que tan bajamente creen de sus consultores que contra su misma religion habian de decir secreto alguno reservado? Calidad era esta bastante para no tratar yo á quien no amase mas á su religion que á mí.

78. ¿Y por ventura, las haciendas que son bienes raices pueden ocultarse, ó he menester que me las digan los padres, cuando no hay cosa mas sabida en las Indias? Vergüenza es, Padre mio, que así sientan los superiores de sus súbditos. No así siento yo de los mios, á los cuales no solo confio y fio á la Compañía; sino que los aliento á que la amen, la sigan, la alaben, la estimen, la traten, sin desconfianza alguna de que por ella me dejen; y así todas esas razones que he oido discurrir á algunos, son formadas no por el discurso, sino por el disgusto; el cual como cae en personas de juicio delgado y sutil ingenio, le andan buscando razon al engaño, y primero aborrecen y luego trabajan por justificar lo que obran y lo que aborrecen; y primero el dolor despierta la guerra, y luego sale el discurso á justificarla: suéltese lo primero, P. Horacio, y verá V. P. que fácilmente se cae de su peso lo segundo.

79. *¡Oh Señor! qué nos persigue el Obispo con este pleito, y es fuerza que hagamos estas demostraciones.* Yo deseo saber ¿qué llaman los padres perseguir? ¿No dejarse vencer en la causa? ¿no dejarse convencer en la diferencia? Los padres quieren llevar los diezmos que poseemos, y mi iglesia se defiende y pretende que no se los lleven: los padres me quieren llevar la jurisdiccion que me da el Concilio, yo pretendo que no se la lleven: ¿quién persigue á quién, P. Horacio, el que quita, ó el que conserva? ¿Quién persigue, el que despoja, ó el que defiende? ¿Quién persigue, el que lastima, ó el que padece?

80. Si llegase un español á un indio y quisiese quitar la manta con que se cubre, y porque el indio se la defendia, vocease el español y se quejase de que persigue el indio miserable al español insolente, cuando solo defiende su ropa, ¿podia haber voces mas agenas de honesta razon y sencillez cristiana, que la que forma una queja vestida en lo esterior de dolor, y allá dentro armada y revestida de violencia y rapiña? Estése quieto el español en su casa, goce lo que tiene y no salga á quitar las capas agenas; que el indio con las dos manos ase de su ropa, á nadie persigue, solo se defiende de la agena violencia.

81. Vamos al orígen del pleito: V. PP. dicen: *Tenemos derecho á llevarnos los diezmos que poseis cuando compramos ó nos donan alguna heredad, que os pagaba los diezmos.* Nosotros decimos: *Teneis derecho á llevar la heredad que os donan; pero no los diezmos que no os donaron, ni pudieron donar.* Los padres dicen: *Este escritorio me vendió Juan, y dento de él hay un vaso de oro de Pedro, llévome el vaso con el escritorio.* Nosotros decimos: *Llevaos el escritorio que comprasteis y dejad el vaso de Pedro, que no os lo vendió Pedro, ni os lo quiso vender.* Los padres dicen: *Esta casa compramos, y aunque tiene censos sobre ella, no hemos de pagarlos porque entró en nuestro poder.* Nosotros decimos: *La casa es vuestra, gozadla; pero pagadme los censos que están sobre ella, pues son carga que va con la casa.* Estos ejemplos y otros que podia traer, se ajustan al pleito, porque el escritorio, la casa, la heredad es lo que compran ó les dan á los padres; pero los censos, el vaso y todo lo demas que es ageno, y no del que los dona ó vende son los diezmos que nosotros tenemos.

82. En este caso ¿quién persigue á quién, P. Horacio, el que pretende llevar lo ageno, ó el que defiende lo propio? ¿Quién es el agresor? El que quita. ¿Quién es el invasor? El que despoja. ¿Quién es el perseguidor? El que agravia. Pues si los padres nos quitan, despojan é invaden nuestras rentas y diezmos, y nosotros solo tratamos de defendernos de este despojo, ¿quién persigue á quién? ¿Mas si llegase á tanto el engaño, que se quejase la violencia de que le despojan del derecho que tiene á despojar, desnudar y deshacer del todo á la inocencia? Vergonzosa cosa es y muy agena de grandes juicios, y de una sencillez y verdad cristiana, el pretender que trocando las frases, se truequen tambien las razones, y porque viene la injuria en figura de queja, déjase con eso de ser injuria.

83. Esos padres que pretenden llevarnos los diezmos, que ni les donamos, ni les vendemos, nos

persiguen. Esos padres que con los diezmos nos llevan la renta y sustento, nos afligen. Esos padres que con los diezmos nos llevan las limosnas de los pobres, el socorro de los hospitales, el lucimiento del culto divino, el propio sustento nos acaban y los acaban; que nosotros, ¿qué hacemos sino clamar á Dios, al Papa y al rey, y asir y tener fuertemente con las dos manos nuestras capas, sobrepellices, cálices y patenas porque no nos las lleven?

84. Lo mismo sucede en el pleito que ahora han intentado los padres, de querer confesar sin licencia ni aprobacion, en el cual yo defiendo mi jurisdicion, y esos padres pretenden usurparla y pisarla: yo les pido que se contengan, y ellos se me entran en mi casa á quitar el báculo de la mano y la mitra de la cabeza; y despues de eso llaman persecucion no dejarse un Prelado llevar su renta y todas sus insignias episcopales, porque no les falte el ornamento á la renta para tenerse allá los padres toda la dignidad.

85. Pero siendo tan constante que en el derecho son estos padres los agresores, véamos quien lo viene á ser en el hecho y modo de proseguir de este pleito; y para esto reconozcamos, qué he obrado yo desde que se comenzó esta diferencia, y qué han obrado los padres con mi iglesia y conmigo. No tienen otra queja los padres de mí, sino que defiendo esta causa. No se me ha oído una palabra que no sea decentísima y muy en favor de la Compañía, y todo lo demas que contra esto se digere, será calumnia clarísima, como otras que me imponen sin color de vergüenza, ni de verdad. A todos mis familiares los envío á la Compañía: en sus escuelas

aprenden mis criados, habiendo tantas religiones tan doctas adonde podian aprender y estudiar: siempre les he estado rogando con la paz á los padres, y cuando mas agraviado, los he recibido en mi casa, si me han menester, con suma alegria. No me han pedido órdenes que se las haya negado: en diversas materias de gracia en que han acudido á mí, la han hallado tan seguramente como se verá adelante: les estoy rogando con las licencias de confesar y predicar á los suficientes, y las desprecian. Finalmente, se conoce que los quiero, pues me aplican ellos mismos por pena el no verme y que no los trate; pero los padres han procedido conmigo como queda dicho.

86. Pero véamos ahora ¿quién persigue á quién, Padre Horacio, el que hace á otro una descortesía, ó el que la padece? ¿El que quita la habla y comunicacion, ó el que lo siente y la desea? ¿El prepósito que envia un cocinero para embajador á un Obispo, ó el Obispo que envia un sacerdote suyo á un prepósito? ¿El religioso que en los púlpitos predica á veinte leguas contra un Prelado, ó el Prelado que á veinte leguas lo lleva en paciencia? ¿Al que le imputan que no es católico, cuando tiene mas fé que todos cuantos se lo imputan, y les puede enseñar la fé católica verdadera romana, ó el que padece esta injuria por aquel á quien lastimaron con semejante injuria, llamándole samaritano? ¿El que defiende el Concilio, las bulas apostólicas, las constituciones de la Compañía, ó el que contra todas ellas quiere quitar á un prelado su jurisdiccion?

87. ¿Mas si dijésemos que el perseguido, el murmurado, el acosado, persigue, murmura y acosa, porque no se deja llevar con el honor la jurisdicion,

la hacienda de su esposa, de sus sacerdotes, de sus pobres, de sus hospitales, de Dios? ¿Mas si asentasemos por constante, que es mas cruel el suspiro del oprimido, que el azote del verdugo? ¿Las lágrimas del herido, que el puñal que le hirió? ¿La mano inocente que se defiende, que la cruel y desapiadada que ofende? Padre Horacio, yo he sido y soy el invadido, el afligido, el afrentado, el infamado, el lastimado, el perseguido por esos padres, y no trocaré mi fortuna por la de los que me afligen, infaman, desprecian, lastiman, afrentan, porque cuando al sacerdote y Obispo lo afrentan y persiguen por la causa de Dios, no lo afligen, sino que lo retratan para que se parezca á Cristo Señor nuestro, afrentado y perseguido.

88. Mas quiero padecer las sátiras, que hacerlas: padecer las injurias, que decirlas: ser despojado, que despojar: ser aborrecido que aborrecer; y solo cuando la justicia y la debida defensa y el báculo que traigo en la mano necesita de volverse pluma, y aun lanza espiritual, si es menester para defender la iglesia, entonces la humildad se vuelve constancia, no venganza: la benignidad fortaleza, no maledicencia: la dignidad valor, no temeridad; sin que tengan esos padres, ni toda la Compañía, ni cuanto hay en el mundo fuerzas bastantes para apartarme de la recta razon, ni de la disciplina eclesiástica, que sigo con la gracia divina, ni del amor de mi iglesia, ni de la defensa de mis pobres y jurisdicion, ni de la verdad de mi fé, ni del afecto de la caridad, siguiendo aunque con desiguales pasos, á tantos Obispos, que por defender sus iglesias han padecido iguales trabajos y persecuciones.

89. Y Para ver que yo no persigo, P. Horacio, á la Compañía ¿es menester mas de reconocer lo que he tolerado á los padres de esta provincia? Pregunto: ¿Si cuando me envió el P. Pedro de Velasco al cocinero, yo hubiera hecho una debida demostracion de justo disgusto al padre prepósito, que tan fuera de todo propósito obró una accion tan libre, y lo reprendiera con otra mayor, parecia mal al Pontífice, ni á toda la iglesia? ¿Qué sentiria aquella imágen viva de Cristo Señor nuestro ver así desestimados á los Obispos que representan sus apóstoles; pues se atreve un religioso al desvanecimiento con un Obispo, que fuera mal parecido á un Obispo con un religioso? ¿Y si cuando me obliga la justicia á advertir los descuidos, que tal vez padece la perfeccion religiosa en los padres de la Compañía, quisiera yo usar del derecho de prender y remitir, y no de avisar á sus superiores, pues andan tan poco avisados conmigo, quién me quitaria usar del santo Concilio de Trento?

90. ¿Y si á las sátiras que descompuestamente han escrito, quisiera que mis súbditos satisfacieran con otras, quién acusara la justa defensa? ¿Y si en mis sermones, que son mas seguidos y amados de mis ovejas que los suyos, como los que tienen todo su corazon y amor puesto en su propio Prelado, con reprender la maledicencia diera la carga á los maldicientes, y con reprender las sátiras pintara con vivos colores los satirizantes; tan dificultoso era inflamar los ánimos juntos de mis súbditos contra esos padres, que ya de suyo por ver sus procedimientos aun divididos andan irritados por las injurias que se hacen á su Pastor y Prelado? Y si á ocho